

FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

VOLUMEN 22 • NÚMERO 4

OCTUBRE-DICIEMBRE 2022

Efectos y proyecciones económicas de una crisis alimentaria

Cita recomendada:

Bartesaghi, Ignacio, (2022) “Efectos y proyecciones económicas de una crisis alimentaria”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 22: Núm. 4, pp. 40-48. Disponible en: www.fal.itam.mx

Efectos y proyecciones económicas de una crisis alimentaria

✉ *Ignacio Bartesaghi*

Sin tiempo para recuperarse de una pandemia que ha causado estragos en todo el mundo, el sistema internacional afronta ahora a una guerra europea de una magnitud que no se observaba desde la Segunda Guerra Mundial. Si bien hay antecedentes de una tensión creciente entre las principales potencias, el conflicto actual entre Rusia y Ucrania ha acelerado las dinámicas geopolíticas que impulsan un nuevo orden internacional. Por otro lado, aunque estos dos países no son fuerzas de primer orden en la economía y el comercio mundiales, sí tienen una gran importancia en ciertos productos energéticos, minerales y agrícolas.

Los efectos económicos y comerciales de la guerra son notorios, con incrementos pronunciados en los precios de las materias primas (que luego se estabilizaron y, finalmente, comenzaron a disminuir por las amenazas de una recesión en Estados Unidos y la Unión Europea), sobre todo las que Rusia y Ucrania producen en grandes volúmenes. En este escenario, Latinoamérica enfrenta desafíos pero también oportunidades, por su abundancia de ciertas materias primas que puede exportar competitivamente.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA EN UCRANIA

Para comprender los motivos que llevaron a Vladimir Putin a lanzar contra Ucrania una guerra de tales proporciones y secuelas económicas, es necesario analizar los antecedentes históricos más recientes. En primer lugar, debe diferenciarse este conflicto de otros que han ocurrido en los últimos tiempos. En este caso, Putin decidió invadir al país más grande de Europa (sin contar el territorio ruso europeo), donde viven cerca de

IGNACIO BARTESAGHI es Director del Instituto de Negocios Internacionales y profesor titular en el Departamento de Administración y Negocios de la Universidad Católica del Uruguay (UCU). Es doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de La Plata. Sígallo en Twitter en @i_bartesaghi.

45 millones de personas. Ucrania es un país de bajos ingresos en términos de su PIB per cápita (3310 dólares, según datos del Banco Mundial de 2019), pero es un gran productor de bienes estratégicos agrícolas, energéticos y minerales.

El conflicto en Ucrania tiene distintos alcances. Para explicarlo, los analistas recurren a variables históricas, étnicas, lingüísticas, culturales, geopolíticas, económicas y las relacionadas con los recursos naturales, entre otras. Es un conflicto muy complejo, y cualquier intento por explicarlo puede ser insuficiente.

La guerra en Ucrania debe enmarcarse en un fenómeno mayor cuyo origen podría situarse en 2001, con los atentados terroristas del 11-s y el inicio de un debilitamiento de Occidente, en paralelo con la emergencia de otras potencias, en particular de China. Desde esa fecha, los conflictos internacionales aumentaron en prácticamente todos los continentes y las principales potencias mostraron diferencias crecientes.

En los últimos años se intensificaron las tensiones entre China y Estados Unidos, con la compleja cuestión de Taiwán como fondo. La presencia de China y Rusia aumenta en Asia Central, acelerada por la improvisada salida del ejército estadounidense de Afganistán. La frontera de China y la India se convirtió en zona de conflictos, con disputas en el Tíbet meridional, que si bien son de larga data, se han profundizado en los últimos años.

China se enfrenta con Japón y otros países del Sudeste Asiático por el mar de China Meridional, mientras que Rusia desempeña un papel clave en las tensiones en el Ártico. En África también aumentan los conflictos, como en el Sahel, Etiopía, Mali, Nigeria y Somalia, lo mismo que en Asia, en Irak, Irán, Palestina y Siria, Yemen, y en el este de la India, en Myanmar (Birmania) o en algunas islas de Filipinas.

Desde 2001, China y las potencias occidentales despliegan estrategias de coaliciones y nuevas instituciones. Un ejemplo es la creación, en 2001, de la Organización de Cooperación de Shanghái, una entidad gubernamental de seguridad liderada por China y conformada por nueve miembros (China, la India, Irán, Kazajistán, Kirguistán, Pakistán, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán). Por otro lado, algunas potencias occidentales (Australia, Canadá, Estados Unidos, Nueva Zelanda y el Reino Unido) relanzaron el grupo Cinco Ojos, otra coalición de seguridad en cooperación militar, principalmente en espionaje. Su antecedente es un acuerdo firmado en 1946, conocido por sus siglas UKUSA (el Reino Unido y Estados Unidos), a lo que China respondió con su Iniciativa Global sobre Seguridad de Datos. Más recientemente, en 2007, se creó el Quad, conformado por Australia, Estados Unidos, la India y Japón, que tiene por objetivo promover una región del Indo-Pacífico libre, a lo que en 2013 China reaccionó lanzando su megaproyecto de la Iniciativa del Cinturón y la Nueva Ruta de la Seda, y luego respondieron las principales potencias occidentales en la última cumbre del G-7, con la Asociación para la Infraestructura y la Inversión Globales.

La última coalición de seguridad fue AUKUS, formada en 2021 por Australia, el Reino Unido y Estados Unidos. Y durante su reciente visita a Corea del Sur y Japón, el presidente Joseph R. Biden presentó el Marco Económico del Indo-Pacífico, seguido por la Iniciativa para la Seguridad Global de China y el despliegue de una nueva diplomacia en las pequeñas islas del Pacífico.

La competencia institucional entre Occidente y China pasó de los temas de seguridad al terreno de lo económico, comercial y financiero. Estados Unidos lideró el megabloque comercial Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica, que cerró en 2016 con el liderazgo del presidente Barack Obama (una vez que Donald Trump asumió la presidencia, Estados Unidos se retiró del acuerdo, que hoy se llama Tratado Integral y Progresista de Asociación Transpacífico). Por su lado, China impulsó otro megabloque, la Asociación Económica Integral Regional, fundada en 2020 por ese país más Australia, Corea del Sur, Japón, Nueva Zelanda y los diez miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

En el plano financiero, si bien China ha participado más activamente en las instituciones multilaterales de posguerra, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, estableció también sus propios bancos, entre los cuales se destaca el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS (Brasil, Rusia, la India, China y Sudáfrica), de 2014, y el Banco Asiático en Inversión en Infraestructura, constituido en 2016. El dólar, que sigue siendo la principal divisa de las transacciones internacionales (seguida en menor medida por el euro y el yen), hoy enfrenta el crecimiento del yuan, la moneda china que el gobierno quiere colocar en el mercado monetario y financiero internacional.

En resumen, para comprender el paso dado por Rusia en Ucrania, además de los antecedentes directos que veremos a continuación, debe tenerse en cuenta este contexto internacional. En cuanto a los antecedentes directos de la guerra, es necesario recapitular los movimientos de Putin en los años recientes y analizar los posicionamientos de los países occidentales y los organismos internacionales. Putin asumió el poder en 1999, como Primer Ministro de Boris Yeltsin, al que luego, en 2000, sucedió en la presidencia. Dirigió sus primeras políticas de gobierno a la concentración del poder. Controló a los empresarios rusos para evitar que se entrometieran en la política, debilitó el poder interno quitándole independencia a las divisiones administrativas de la Federación, maniató a los medios de comunicación y comenzó a encarcelar a los opositores que tuvieran posibilidades de competir en las elecciones, las que a partir de su primer mandato no fueron reconocidas por los observadores internacionales.

En el exterior, Putin, que opinó públicamente que la desintegración de la Unión Soviética fue “la mayor tragedia política de la historia”, comenzó una ambiciosa estrategia de intervención en los conflictos de su región más próxima y en los asuntos de política interna de otros países. Por añoranza de la Unión Soviética, trató de recuperar los espacios perdidos y lanzó a Rusia a una compleja agenda internacional, la que acompañó con un enorme presupuesto militar que, desde 1999, creció de forma ininterrumpida.

Putin argumenta que su intervención es una respuesta a la amenaza que representa la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la Unión Europea hacia sus fronteras, lo que en los hechos es cierto que ha ocurrido (la expansión incluso se aceleró con la guerra, dada la aprobación del ingreso de Finlandia y Suecia). La decisión de un Estado de ingresar a la OTAN o a la Unión Europea es legítima y soberana, desde el punto de vista político, pero la conveniencia de su ampliación es un punto debatible. En esta cuestión, Ucrania desempeña un papel clave para Rusia, pues la

considera parte de su territorio desde el punto de vista histórico, étnico, religioso, político y económico.

Sin embargo, con la desintegración de la Unión Soviética, Ucrania y las otras repúblicas soviéticas (algunas de las cuales conformaron la Comunidad de Estados Independientes) se constituyeron como Estados soberanos y fueron reconocidos como independientes por la Organización de las Naciones Unidas. En el caso de Ucrania, la independencia fue aprobada por el Parlamento ucraniano y ratificada en referendo por una abrumadora mayoría de los ucranianos. En ese sentido, la invasión de Rusia en 2014, que culminó en la anexión de la península de Crimea, y la que está en curso en este momento, son violaciones flagrantes del Derecho Internacional por atentar contra la integridad territorial y la soberanía de un Estado. Con la invasión en Ucrania, Putin viola el artículo primero de la Carta de las Naciones Unidas, y pone en riesgo la paz y la seguridad internacionales. Un repaso de la política seguida por Putin en los últimos años confirma que la intervención en Ucrania no es una improvisación, sino que refleja un plan de largo aliento que comenzó en 1999, cuando Putin asumió el poder.

EFFECTOS ECONÓMICOS DE LA GUERRA

Efectos internacionales

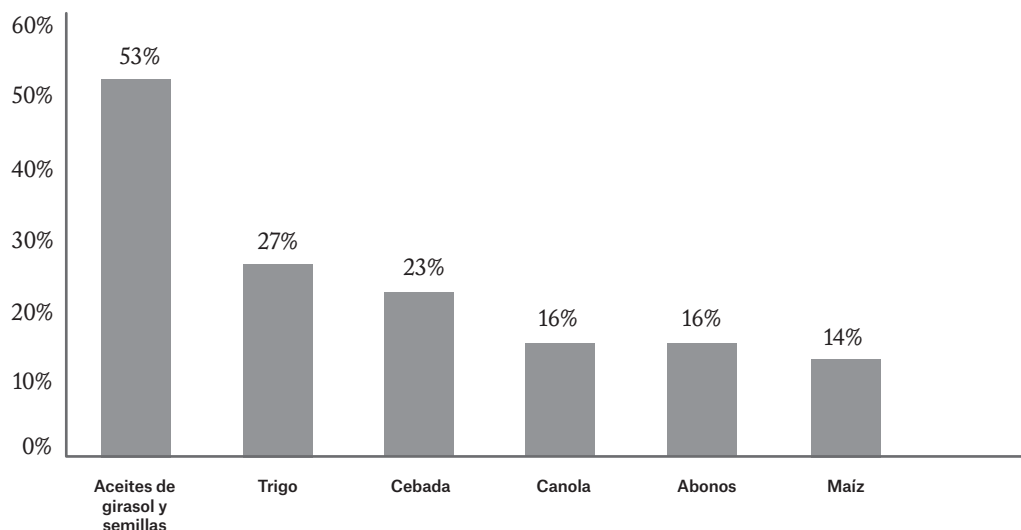
Antes de la guerra en Ucrania, la economía internacional pasaba por una recuperación muy desigual por regiones, sectores y grupos poblacionales. Algunos países ya habían alcanzado los niveles de actividad anteriores a la pandemia de covid-19, mientras que otros todavía sufrían los embates de las nuevas variantes del virus. También antes de la invasión comenzaron las presiones inflacionarias que se dispararon con el conflicto y se convirtieron en un problema político de consideración para muchos países.

En términos internacionales, Rusia y Ucrania no son economías preponderantes, aunque sí desempeñan un papel en la producción y las exportaciones mundiales de algunos productos. Juntas, suman 2% del PIB mundial y tienen una proporción semejante en el comercio. Sus vínculos económicos y comerciales con las principales potencias son escasos y no tienen gran peso en las inversiones mundiales. En cambio, tienen cierta importancia en la producción de energéticos y ciertos minerales esenciales para las cadenas de suministro, como paladio, que se utiliza en la industria automovilística, níquel, argón y neón, que son insumos básicos para la fabricación de semiconductores, y titanio, que se aprovecha en la aeronáutica.

Los dos países proporcionan grandes volúmenes de algunas materias primas; por ejemplo, suman más de la mitad de las exportaciones mundiales de aceites y semillas de girasol, 27% de trigo y 23% de cebada. Sobra decir que estos bienes son esenciales en la canasta básica de decenas de países (especialmente los de menores recursos). El caso del trigo es ilustrativo. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), cincuenta países dependen de Rusia y de Ucrania para cubrir el 30% de sus necesidades de trigo, y de estos, veintiséis dependen en promedio más del 50%, lo cual incide en la seguridad alimentaria de las economías más vulnerables.

Además, Rusia y Ucrania son los principales exportadores mundiales de fertilizantes, lo que ha afectado la producción de alimentos en diversos países e incluso ha propiciado manifestaciones de agricultores en países desarrollados, como Alemania. De acuerdo con datos de la FAO, en 2021 Rusia fue el mayor exportador de fertilizantes nitrogenados, el segundo de potasio y el tercero de fertilizantes fosfatados.

Gráfica 1: Rusia y Ucrania en las exportaciones mundiales



FUENTE: Elaboración propia con datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos y Trade Map.

Por otro lado, desde el inicio de la invasión se distorsionaron los precios internacionales de las materias primas, en particular productos agrícolas, alimenticios y energéticos, que siguen mostrando niveles históricamente altos. Las proyecciones económicas no son muy positivas para 2022, con el anuncio de una recesión en Estados Unidos y Europa, lo que indica que las sanciones económicas impuestas por las principales potencias occidentales no solo están golpeando a la economía rusa. Los expertos internacionales coinciden en que un conflicto de esta envergadura genera incertidumbre (especialmente en Europa), tiene una incidencia directa en el desempeño de la economía y aumentará aún más las presiones inflacionarias que ya se sufrían antes de que estallara la guerra. Recientes datos publicados por el Banco Mundial alertan sobre el importante número de países que están aplicando restricciones a las exportaciones, lo que redobla las distorsiones del comercio.

Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, además de los trastornos en los precios de las materias primas, se esperan efectos mundiales por la caída de la demanda interna en Rusia y las turbulencias financieras. De acuerdo con las proyecciones realizadas, en la zona euro la caída del -1.4% del PIB, -0.9% en Estados Unidos y -1.1% en todo el mundo parte del supuesto de que la guerra se extenderá todo 2022. El conflicto también tendrá repercusiones en lo que se refiere a la inflación, con presiones adicionales de 2.5% si el conflicto se alarga realmente durante lo que resta de 2022. En cuanto al comercio, la Organización Mundial del Comercio (OMC) prevé una baja de casi 2% del comercio mundial de mercancías (se preveía un crecimiento de 4.7% que fue revisado al 3% para 2022).

A su vez, el transporte aéreo y los fletes marítimos se han visto afectados por el conflicto y por las rutas que debieron reprogramarse, lo que está teniendo efectos en los precios y dificulta la realización de negocios. En efecto, el costo del traslado por contenedor se ha multiplicado por diez, el transporte aéreo de carga por siete y los costos de transporte carretero aumentaron un 40% (si bien en los últimos meses se muestra cierta estabilización).

Efectos en Latinoamérica

Los impactos de la guerra en Latinoamérica tienen alcances que van más allá de lo económico. Los posicionamientos de algunos de los gobiernos de la región respecto del conflicto también han generado ciertas sorpresas, particularmente por sus secuelas en las relaciones con Estados Unidos y la Unión Europea. Basta constatar que Argentina, Brasil y México no han sido muy firmes a la hora de condenar a Putin.

Si se centra el análisis en lo económico, los mayores efectos de la guerra en los países latinoamericanos son los indirectos, debido a que es un conflicto lejano y los vínculos comerciales y de inversiones con Rusia son poco profundos. En 2021, el comercio de la región con Rusia fue de menos de 20 000 millones de dólares.

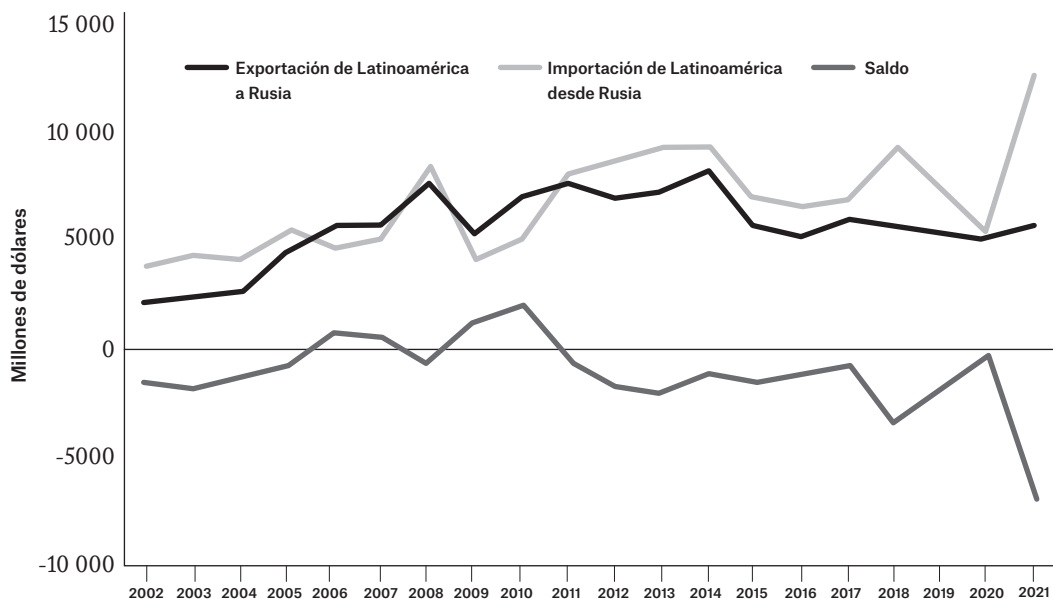
En cuanto a las proporciones, en 2021 Rusia sumó el 0.5% de las exportaciones totales a Latinoamérica y el 1% de las importaciones (en 2021 se registró un importante crecimiento de las colocaciones rusas de abonos, petróleo y productos de acero y aluminio). El comercio mundial con Rusia no solo no es relevante para los países latinoamericanos, sino que tampoco muestra un desempeño positivo en los últimos años. Apenas tienen cierta relevancia productos como frutas, semillas oleaginosas, carnes, pescados y mariscos. Al mismo tiempo, Latinoamérica no exportó a Rusia más de 6% del total de cualquier producto. Los bienes que tienen mayor participación en el mercado ruso son leche y productos lácteos (6%), plantas vivas y productos de floricultura (4%), pescados y mariscos, carnes y recortes comestibles, y frutas (3% en cada categoría).

Más significativas han sido las importaciones de ciertos bienes, como los abonos, que suman 22% del total mundial comprado de ese producto en 2021. Enseguida vienen los productos de fundición de hierro y acero (5%), productos de molinería (4%), perlas finas y cultivadas, piedras preciosas y aluminio y sus manufacturas (3% cada uno).

En cuanto a los efectos indirectos, desde el comienzo de la guerra aumentaron los precios de algunos productos, como el petróleo, la soya, el maíz y el trigo, entre otros. Las secuelas

dependerán de las estructuras productivas de los países de la región, ya que encontramos economías que al exportar alimentos y petróleo, se han visto favorecidas en el corto plazo.

Gráfica 2: Comercio bilateral entre Latinoamérica y Rusia



FUENTE: Elaboración propia con datos de Trade Map.

Algunos precios que se encontraban deprimidos ya mostraban cierta recuperación antes de la guerra, en especial por el rebote de la economía mundial en 2021. Tal fue el caso del precio del petróleo, que llegó a superar los 120 dólares por barril, pero luego sufrió una baja con el anuncio del desempeño económico de Estados Unidos y la Unión Europea en 2022 (a mediados de julio se ubicaba en cerca de 100 dólares por barril).

En el mediano y largo plazo, todos los países latinoamericanos se verán perjudicados por el alza generalizada de los precios (mayores costos de producción por el aumento de los precios de los insumos intermedios), además de que ya se observan dificultades para conseguir ciertos insumos básicos para la industria y la agroindustria (como vimos respecto de los fertilizantes). Por otro lado, los beneficios que trae el aumento de la renta por los elevados precios internacionales se pierden por las presiones inflacionarias de los mercados internos, lo que afecta especialmente a los países con una mayor dependencia de los productos básicos (aquí se observa de nuevo la importancia del trigo). El fenómeno inflacionario excita crisis sociales y políticas.

También ha habido oportunidades. En los últimos años la región ha incrementado su participación como exportadora de alimentos, con transformaciones de interés en

inversiones tecnológicas y con aumentos notorios de productividad en algunas zonas. Debido a fenómenos como el covid-19, la invasión de Rusia a Ucrania y las dificultades logísticas crecientes (algunas causadas por la pandemia y otras por trastornos geopolíticos), muchos países empiezan a considerar clave las políticas relacionadas con la seguridad alimentaria. En este nuevo mundo, ciertamente cada año más complejo y dinámico, podrían asumir un papel central los países productores de alimentos (es muy notorio en el caso de los miembros del Mercado Común del Sur, Mercosur).

Dijimos ya que Rusia y Ucrania no son economías centrales, pero sí destacan en la provisión internacional de ciertos productos, no solo gas (en promedio, Rusia suministra 40% del gas que compra la Unión Europea), sino también alimentos. En ese sentido, en diversos países ya se resiente una crisis alimentaria, lo que es particularmente importante en el caso del continente africano.

En este contexto, cabe preguntarse qué tan bien preparados están los países latinoamericanos para enfrentar esta situación, de acuerdo con el lugar que ocupan en el comercio mundial de alimentos. Desde 2002 han aumentado las exportaciones de alimentos de Latinoamérica a una tasa anual de 8.7%, superior al 6.8% del total de las exportaciones. La tasa de los bienes agrícolas aumentó a 7.4%, también mayor que el resto de los bienes.

La proporción de los productos considerados agrícolas por la OMC respecto de las exportaciones totales de Latinoamérica, pasó de 17% a 24% entre 2002 y 2021. Las ventas latinoamericanas pasaron de 0.9% del total del comercio mundial en 2002 a 1.3% en 2021, pero si se compara únicamente la participación del comercio agrícola de Latinoamérica con la del mundo, las cifras aumentan de 12.2% a 15.4% en este rubro.

Si se analiza la producción de cereales (uno de los productos con incrementos más pronunciados en los precios internacionales y de mayor relevancia en la canasta básica), Latinoamérica también ocupa un lugar central con ventas externas superiores a los 20 000 millones de dólares en 2021. Los cereales ganan terreno en comparación con el total de las exportaciones de la región, pues pasaron de 0.8% en 2002 a 1.7% en 2021. Los cereales muestran una tasa anual de crecimiento superior a la media de los productos agrícolas (11% y 8.7% de ambos rubros).

En cuanto a las principales categorías cerealeras, sobresalen el maíz, el trigo y el arroz, que suman 68%, 18% y 7% del total de su grupo. En los últimos años el producto más dinámico en las exportaciones fue el maíz, que pasó de 1333 millones a 13 865 millones de dólares entre 2002 y 2021. Al tiempo que el maíz ganó 22% en la participación de los cereales colocados por Latinoamérica en el mundo, el trigo perdió 24% y el arroz 2%. Por el contrario, la cebada y el grano de sorgo aumentaron 3% y 2% su participación.

En un nuevo contexto internacional, las estadísticas muestran una oportunidad para Latinoamérica en la exportación de alimentos, además de los cereales. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que no toda la región tiene la misma importancia en el comercio agrícola. Por ejemplo, los países del Mercosur son exportadores agrícolas netos, mientras que los países centroamericanos necesitan importar alimentos.

Por otra parte, las compras externas de bienes agrícolas de Latinoamérica son cuantiosas, y en 2021 sumaron 118 000 millones de dólares (la balanza comercial latinoamericana

en el rubro de los productos agrícolas es favorable por 174 000 millones de dólares). Estos bienes mantienen su proporción respecto del total importado de todos los productos, y las tasas de crecimiento son algo más bajas que las registradas por las exportaciones en esta misma categoría.

Las importaciones de cereales en Latinoamérica superan sus exportaciones (el comercio intrarregional es muy relevante, en especial por la importancia de Argentina y Brasil como exportadores y de México como importador). En 2021, las compras de cereales sumaron 22 495 millones de dólares, lo que implica un déficit de 1719 millones de dólares en este rubro. Para las importaciones de cereales también se repiten las mismas tres categorías entre las más destacadas: maíz, trigo y arroz comprenden 56%, 33% y 9% del total de la categoría, y al igual que en las exportaciones, el maíz es el cereal de mayor participación en las compras externas de Latinoamérica.

CONCLUSIONES

La guerra en Ucrania ha afectado sobremanera a la economía mundial, sobre todo por sus efectos indirectos y por la importancia de Rusia y Ucrania como exportadores de productos agrícolas, energéticos y minerales. Además, ocurre después de la pandemia de covid-19, que ya había causado distorsiones inéditas, muchas de las cuales aún no han podido cuantificarse apropiadamente. La emergencia sanitaria, la guerra en Ucrania y el enfrentamiento por el liderazgo internacional entre China y Estados Unidos han desestabilizado el sistema internacional como no se veía desde la Segunda Guerra Mundial.

En este marco, muchos países se han visto forzados a revisar sus estrategias de comercialización, en particular por la necesidad de asegurar las cadenas de suministro debido, entre otras causas, a las medidas proteccionistas impuestas por ciertos países para priorizar el consumo local, los confinamientos por el covid-19, la interrupción de las exportaciones de Rusia y Ucrania por la guerra o las definiciones geopolíticas relativas a las cadenas globales de valor. Los países latinoamericanos en general, y en particular algunos espacios como el Mercosur, poseen un enorme potencial para exportar alimentos, y sus ventas y competitividad han crecido en los últimos años. La favorable evolución de los precios internacionales (y no solo de cereales, sino también de petróleo y minerales) ha aumentado la renta de varios países.

Estos beneficios son evidentes, pero efímeros, si se tienen en cuenta las presiones inflacionarias de la región, lo que hace que aumente la pobreza y que escaseen los insumos para sostener la producción agrícola e industrial. Otro de los desafíos tiene que ver con la posibilidad de que países netamente exportadores de alimentos los lleven a otros mercados y afecten a las economías latinoamericanas que importan alimentos de la misma región.

La dimensión de la crisis y los desafíos que se enfrentarán en el nuevo mundo exigirán, como debió ocurrir en la pandemia, una reacción conjunta de los países de la región. Lamentablemente, las dinámicas políticas de los países latinoamericanos y la debilidad de las instituciones regionales impiden adoptar medidas de mayor alcance para abordar juntos los asuntos de la agenda internacional. 